

EL COLEGIAL

AÑO I
MAYO 2 — 1941.

REVISTA INFANTIL
(APARECE LOS VIERNES)

N.º 3

PRECIO
DEL
EJEMPLAR:
\$ 1.-





CLASE AVES

HYLACTES TARNI-KING. — FAMILIA TEROPTOGUIDOS

En nuestros bosques del Sur es muy común esta avecita llamada por el vulgo Huez-Huez, o más comunmente, pájaro ladrador, por su grito. Y a decir verdad personas que no lo conocen, lo confunden con el ladrido del perro en el bosque. Pertenece a este mismo grupo, nuestra Turca, que tanto llamó la atención a Robert Charles Darwing, diciendo de ella que cuando se le ve por vez primera dan tentaciones de exclamar: que un ejemplar muy mal disecado se ha escapado de algún Museo y vuelto a la vida.

Estas aves se alimentan principalmente de gusanos, lombrices, etc.,

(APARECE LOS
VIERNES)

Casilla 6562
—Correo 4.—
Santiago de Chile.

REVISTA INFANTIL

AÑO I

el COLEGIAL

PRECIO
DEL
EJEMPLAR:

\$ 1.-

SUSCRIPCIONES

EN CHILE:

Anual . . \$ 50.—

Semestral . . 25.—

MI CHARLA DE HOY

N.º 3

Mis queridos amiguitos: en el primer número de nuestra revista me presentaba a ustedes como el amigo desconocido que sólo esperaba el momento propicio para hacerse presente; en el segundo número les dediqué unas líneas de agradecimiento por la comprensión y simpatía que dieron muestras al acoger con tanto entusiasmo la salida de la revista. Ahora, ya somos amigos y podemos hablar de otras cosas. Por ejemplo, podemos hablar, precisamente, de este día 2 de Mayo. Es un día que nos recuerda otro 2 de Mayo, muy lejos ya en el transcurso del tiempo, pero muy cerca de nuestros espíritus por la significación inmensa que tuvo y tiene todavía en los destinos de nuestra patria. Porque fué el 2 de Mayo de 1827, cuando el general Francisco Antonio Pinto tomó el mando supremo de la naciente República, poniendo término así al largo período de anarquía en que se debatía el país, desde la abdicación del más grande padre de la patria, don Bernardo O'Higgins. Fué entonces cuando Chile tuvo la suerte y la honra de recibir como hijo adoptivo al ilustre venezolano don Andrés Bello, que amó a su patria de adopción más que mucho de sus propios hijos, y le prestó innumerables e impagables servicios.

Como ven ustedes, amiguitos míos, el día de hoy nos hace recordar, con justa razón, una fecha memorable en la historia de nuestra patria.

EL COLEGIAL



La Reina de las Nieves

—¡Cuánto tiempo he perdido!
—exclamó.— Debería haber pasado este tiempo buscando a Kay. ¿No sabéis dónde está? —preguntó a las rosas.— ¿Creéis que ha muerto?

—No ha muerto —le contestaron las rosas.— Hemos estado debajo de tierra, donde se hallan los muertos, y entre ellos no hemos visto a Kay.

—¡Oh, muchas gracias! —contestó Gerda.

Luego fué a visitar a las demás flores y una por una, les preguntó si sabían dónde estaba Kay.

—Había tres hermosas hermanas —dijo el jacinto,— todas muy delicadas y transparentes por completo. Una llevaba un traje carmesí, otra uno azul y la tercera otro blanco. Las tres danzaban cogidas de la mano junto al lago y a la luz de la luna. Eran seres humanos y no hadas del bosque. Las atrajo la fragancia del aire y se internaron en el bosque; allí el aroma era más intenso todavía. Tres ataúdes salen del bosque hacia el lago y en ellos van las doncellas. Los gusanos de luz revolotean en torno de ellas, como antorchas vivientes. ¿Duermen o están muertas las hermosas doncellas? El aroma de las flores dice que están muertas. La campana de la tarde toca a difuntos.

—Me has puesto muy triste —contestó la pequeña Gerda.— Tu perfume es tan fuerte que me hace pensar en esas muertas doncellas.

¿Está verdaderamente muerto el pequeño Kay? Las rosas han estado debajo de tierra y me aseguran que allí no lo han visto.

—¡Din, don! —tañían las campanitas de los jacintos.— No doblamos por el pequeño Kay, porque nada sabemos de él. Cantamos nuestra canción, la única que sabemos.

Y Gerda fué al encuentro de los ranúnculos que brillaban entre sus verdes hojas.

—Sois un pequeño sol brillante —dijo Gerda.— Decidme, si lo sabéis, dónde podré hallar a mi compañero de juegos.

El ranúnculo brillaba intensamente y devolvió la mirada a Gerda. ¿Qué canción sabía cantar el ranúnculo? No sería a propósito de Kay.

—El brillante sol de Dios alumbraba un pequeño patio el primer día de la primavera. Los rayos solares resbalaban por la pared blanca, junto a la cual se abría la primera flor amarilla de la estación. Y a la luz del sol parecía oro bruñido. Una mujer vieja sacó su sillón de brazos al sol; su nieta, pobre y linda criadita, había ido a hacerle una corta visita y besó a la anciana. En aquel beso había oro del corazón. Oro en los labios, en la tierra y en el cielo, en aquella temprana hora. Esta es mi historia.— dijo el ranúnculo.

—¡Oh, pobrecita abuelita mía!— suspiró Gerda.— Estará deseosa de verme, llena de dolor por mi ausencia, como hacía por el pobre Kay. Pero volveré muy pronto a casa, llevando a Kay conmigo. Es inútil preguntar por él a las flores. Solamente saben sus propias historias y no me han dado un solo dato útil.

Luego recogió su trajecito para correr con mayor libertad, pero las flores de los narcisos le glopearon las piernas al saltar sobre ellas, de modo que la niña se detuvo y dijo:

—Tal vez vosotros podéis contar algo. Se inclinó sobre las flores y prestó oído. ¿Qué decían?

—¡Lo veo, lo veo!—decía el narciso.— ¡Qué dulce es mi aroma! En la ventana de la buhardilla está en pie una pequeña niña, que baila a medio vestir. Primero se pasa sobre una pierna y luego sobre la otra. Y casi se siente capaz de pisar el mun-

do entero bajo sus pies. Pero se engaña. Vierte un poco de agua sobre algo blanco que sostiene. Es el cuerpo de su traje. “La limpieza es una gran cosa”, dice. Su traje blanco cuelga de un clavo. También ha sido lavado en el escalfador y secado sobre el tejado. Se lo pone y luego se rodea el cuello con una corbata de color azafrán, que da mayor blancura al vestido. Mira cuán alta lleva la cabeza, como si fuera un personaje importante. ¡Lo veo, lo veo!

—No me importa nada eso que cuentan —exclamó Gerda— No valía la pena de que me entretuvieses de ese modo.

Y corrió hacia el extremo opuesto del jardín. La puerta estaba cerrada, pero ella hizo fuerza sobre el oxidado pestillo y cedió. Se abrió la puerta y la pequeña Gerda salió, descalza, a recorrer el mundo. Miró tres veces hacia atrás, pero



nadie la persiguió. Por fin ya no pudo seguir corriendo y se sentó en una piedra muy grande. Al mirar a su alrededor se dió cuenta de que había pasado ya el verano y que, sin duda, se hallaba en las postrimerías del otoño. De eso no se había dado cuenta en el jardín de la vieja, pues allí brillaba siempre el sol y estaban a la vez en plena floración las flores de todas las estaciones.

—¡Cuánto tiempo he perdido!— pensó la pequeña Gerda.— Ya estamos en otoño. No debo entretenerme más.

Y poniéndose en pie continuó su camino.

Le dolían los piececitos descalzos y a su alrededor todo tenía aspecto solitario y hacía frío. Estaban ya amarillentas las largas hojas de los sauces. La húmeda niebla se posaba sobre los árboles, cual si fuese lluvia; una tras otra caían las hojas de los árboles y solamente la endrina conservaba su fruto, pero su fruto estaba agrio y daba dentera. ¡Qué gris, triste y grande era el mundo!

TERCERA PARTE

Príncipe y Princesa

Gerda siguió su camino con la esperanza de encontrar a Kay.

En breve vióse Gerda obligada a descansar de nuevo. Ante ella y sobre la nieve divisó un gran cuervo. La había estado contemplando largo rato, y meneaba la cabeza. Y luego le dijo: “Buenos días, buenos días”. Lo hizo del mejor modo que pudo, pues deseaba ser amable con la niña. Luego le preguntó a dónde iba sola por el dilatado mundo.

Gerda entendió la palabra “so-

la”; refirió al cuervo la historia de su vida y aventuras, y le preguntó si había visto a Kay.

—Tal vez sí o quizá no —contestó el cuervo, meneando gravemente la cabeza.

—¿Crees haberlo visto? —preguntó la niña, casi ahogándolo a besos.

—¡Despacito! ¡Despacito! —contestó el cuervo.— Me parece que he visto a Kay, pero creo que ya te ha olvidado por la princesa.

—¿Vive con una princesa? —preguntó Gerda.

—Sí, escucha —dijo el cuervo.— Me resulta muy difícil hablar tu lenguaje. Si comprendieses el de los cuervos te lo explicaría mejor.

—No lo he aprendido nunca —contestó Gerda.— ¡Ojalá lo supiese!

—Bueno, no importa —replicó el cuervo.— Te lo explicaré lo mejor que pueda, aunque lo haré mal. En el reino en que nos hallamos —empezó diciendo, para referir la historia,— vive una princesa muy inteligente. Ha leído todos los periódicos del mundo, olvidándolos luego, porque es muy lista. Un día estaba sentada en su trono, lo cual no es nada divertido, según dicen, y empezó a canturrear:

“¡Oh! ¿Por qué no me habré casado?”

—“¿Por qué no, en efecto?” —se preguntó. Y decidió casarse, si podía encontrar marido capaz de contestar cualquier pregunta que se le hiciese. Llamó a la corte a todas su damas, que se entusiasmaron al saber de qué se trataba.

—“Precisamente —dijeron— estábamos pensando eso mismo hace pocos días”.

—Todo lo que te digo es cierto —añadió el cuervo,— porque tengo una novia domesticada que va y viene por el palacio, a su antojo. Y ella me refirió la historia.

Ya se comprende que su novia era un cuervo hembra. A los pocos días de aquella reunión de damas, los periódicos aparecieron con unas orlas de corazones y las iniciales de la princesa. Daban la noticia de que cualquier joven guapo podía ir a palacio a hablar con la princesa. Y el que hablase con todo desembarazo, como si estuviera en su casa, y hablase bien, podía ser elegido como esposo de la princesa. “Sí, puedes creermelo, porque eso es tan cierto como que estoy aquí”, añadió el cuervo. Acudieron numerosos pretendientes, pero ninguno de los candidatos pudo ser elegido ni el primer día ni el segundo. Todos sabían hablar muy bien en la calle, pero en cuanto atravesaban las puertas del castillo y veían los guardias con sus uniformes plateados, y así que subían las escaleras por entre las filas de lacayos de libreas bordadas con oro, les abandonaba todo su valor y presencia de ánimo. Y al llegar a las salas de recepción, brillantemente iluminadas, cuando se veían ante el trono en que se sentaba la princesa, ya no se les ocurría nada qué decir y solamente sabían repetir las palabras de ella, y eso, naturalmente, no era lo que se pedía.

Parecía como si todos hubiesen tomado algún narcótico que los dejara aletargados; y no se reponían hasta salir a la calle. Entonces tenían mucho que decir. Y los pretendientes formaban una larga cola desde las puertas de la ciudad hasta el palacio.

—Yo mismo fui a verlos —añadió el cuervo.— Estaban hambrientos y sedientos, pero en palacio no les daban nada, ni siquiera un vaso de agua tibia. Los más prudentes se llevaron sandwichs, pero no lo compartían con los vecinos, pues se decían que si los otros tenían cara de hambrientos, menos probabilidades habría de que los eligiese la princesa.

—Pero, ¿y el pequeño Kay? —preguntó Gerda— ¿Cuándo fué allá? ¿Estaba entre los pretendientes?

—Dame tiempo. Ahora llegamos a él. El tercer día llegó un pequeño personaje que avanzaba alegremente, sin caballo ni coche. Sus ojos resplandecían como los tuyos. Tiene hermoso cabello largo, pero su ropa estaba bastante destrozada.

(Continuará)



Gerda entendió al cuervo y refirióle su historia.

Los huersfanitos

RECUERDE: Damián y su hermana Paulina descubren una noche que el pescador Galleguillo y su mujer Catalina no son sus padres como creían. Damián y Paulina huyen de la cabaña del pescador y por el camino encuentran a un hombre que ha sido atropellado por un auto. Le prestan auxilio y el hombre, antes de morir les confía su chaqueta donde lleva mucho dinero entre el frotro. Los niños siguen su camino llevándose el perro del hombre muerto, dispuestos a ir a Santiago para entregar el dinero a la hija del hombre atropellado.

CAPITULO III

La chaqueta

Damián y Paulina habían andado toda la noche y ya no podían más vencidos por el sueño y el cansancio. Estaban cerca del pueblo de La Estrella y pensaban pasar a cualquier casa para pedir que les permitieran dormir en algún rincón.

De pronto, a un lado del camino, los niños divisaron unos grandes murallones medio derruidos. Era una vieja casa de adobes que había sufrido las inclemencias de un incendio. Sólo quedaban aquellas murallas ennegrecidas y todo el lugar parecía desierto, abandonado.

—¡Mira, hermanita! exclamó Damián. Creo que entre esos escombros podíamos encontrar lugar para descansar y dormir un poco, sin ser molestados. ¿Qué te parece?

Paulina aprobó en el acto la idea de su hermano y, abandonando ambos la carretera polvorienta por

donde iban, se metieron entre los restos de la casona incendiada. En la parte posterior de la casa, o mejor dicho, de lo que quedaba de casa, hallaron una especie de cobertizo ruinoso, cerrado a medias por unas planchas de zinc. Los niños se metieron bajo el cobertizo y acomodaron las planchas de zinc de manera que sirviera de puerta. En seguida Damián, ayudándose con su cortaplumas, cortó una buena cantidad de hierbas que crecían por los alrededores y con ellas preparó un lecho donde reposar el cuerpo. Minutos después, Damián y Paulina dormían dentro del cobertizo en compañía del perro Betún que se había echado en un rincón.

¡Pobres niños! El sueño se apoderó profundamente de ellos y durmieron de un tirón, sin que nada ni nadie los molestase. Betún, después de haberse levantado varias veces, revolviéndose inquieto en su rincón, acabó por deslizarse hacia fuera del cobertizo, arrastrando el pedazo de cordel que Damián le había atado al cuello y cuyo extremo había soltado al quedarse dormido.

Silenciosamente el perro se deslizó por entre las planchas de zinc que servían de puerta y desapareció por el camino carretero. Era ya más de medio día cuando Damián y Paulina despertaron al sentir ruido de voces y una sonajera de latas. Medio dormidos, ambos her-

manos vieron entrar a Betún haciendo sonar las planchas de zinc. Y se quedaron estupefactos al ver que el perro traía atravesada en el hocico una gorda gallina.

—¡Qué es eso, Betún! exclamó Damián poniéndose de pie de un salto y quitándole el ave del hocico.

Pero el ave estaba muerta. En ese mismo instante el ruido de voces coléricas que se sentía afuera, se acercó al cobertizo y un hombre exclamó claramente:

—Allí entró, en la casa quemada...! ¡Sigámoslo, compadre Tomás!

Dentro del cobertizo, Damián y su hermana se quedaron paralizados de estupor y de miedo, pues comprendieron, con la rapidez de un relámpago, todo lo que significaba aquello. Betún se había robado esa gallina y lo habían seguido hasta allí, donde lo habían visto entrar. ¿Qué pensarían los persegui-

dores cuando vieran al muchacho con la gallina entre sus manos?

Pero los dos hermanos no tuvieron tiempo de tomar una determinación, porque cuando se disponían a hacerlo, entraron dos hombres en el cobertizo. Uno de ellos era macizo, corpulento, barbudo y llevaba en la mano un grueso garrote; el otro era delgado y lampiño. El primero se precipitó sobre Damián y le arrebató la gallina muerta, de las manos.

—¡Ladrón, le has enseñado a robar a ese perro! ¡Ven conmigo, yo te voy a enseñar a que seas honrado!

—¡Señor, yo no soy ladrón... no!

—¡Nada, nada, no me vengas con cuentos...! Ya, compadre Tomás, agarre usted a esa chiquilla!

Damián y Paulina fueron sacados a tirones del cobertizo, siendo inútiles sus ruegos y sus protestas para que los trataran en mejor forma. Y de ese modo fueron llevados hasta la casa del campesino que estaba ubicada como a cuatro o cinco cuadras de la casona quemada.

—Los dejaré encerrados en el cuarto de los aperos mientras tengo tiempo de ir a buscar un carabineiro a La Estrella.

—Si quiere voy yo, compadre Lorenzo, dijo el hombre barbilampiño.

—Bueno, compadre; es mejor que vaya usted.

—¿Y por qué no les da una paliza bien dada y luego los larga a la calle, compadre Lorenzo?

—¡Cómo se le ocurre que los voy a largar así, no más, compadre! Fíjese que esa gallina era la más ponedora. ¡Matar mi gallina más gorda y más ponedora es un crimen!



Con gran sorpresa, los niños vieron una gallina en el hocico de Betún.

Damián y Paulina fueron encerrados en un cuarto oscuro donde se veían algunas herramientas de labranza. Llenos de miedo, sin atreverse a seguir protestando, pues comprendían que aquel hombre cruel y avaricioso no haría caso de sus protestas y lamentos. Y cuando sintieron que el llamado compadre Lorenzo hacía rechinar el candado poniéndole llave, Damián y Paulina se sobrecogieron de angustia. Allí quedaban prisioneros y desamparados.

Transcurrió un buen rato sin que los dos hermanos se atreviesen a hablar. Por fin, no sintiendo ningún ruido exterior y pensando que el terrible compadre Lorenzo se había alejado a sus quehaceres, Paulina dijo a su hermano:

—¿Qué podemos hacer para que nos saquen de aquí?

—Nada podemos hacer, hermanita; no tenemos ningún amigo a quien pedir ayuda. Debemos esperar a que venga un carabinero y entonces podremos decirle que somos inocentes.

—Pero el carabinero nos interrogará. Deberemos decirle quiénes somos y de dónde venimos, respondió Paulina.

—¡Pobre Betún, en el aprieto que nos has puesto! exclamó Damián con amargura, tocando la cabeza del perro que también había sido encerrado junto con sus amos. Si no nos hubiésemos quedado tan profundamente dormidos, talvez...

Se detuvo de improviso. Un pensamiento atravesó por su cerebro. Se dió una palmada en la frente y murmuró con voz ahogada:

—¡La chaqueta!

—¿Qué dices?

—¡La chaqueta, Paulina, la chaqueta donde está el dinero del hombre atropellado y que dejé abandonada en el cobertizo!

—¡Dios mío! Cualquiera puede encontrarla y llevársela...

—Y nosotros le juramos al pobre hombre que le entregaríamos ese dinero a su hija en Santiago. Es necesario salir de aquí a toda costa para ir a recobrar la chaqueta olvidada.

Los ojos de los niños se habían acostumbrado ya a la obscuridad que reinaba dentro del cuarto, completamente cerrado y sin ninguna ventanilla o tragaluz.

—Hermana, dijo en voz baja Damián, aquí tenemos todo lo necesario para escaparnos. Hay barretas, picotas, palas y toda clase de herramientas.

—¿Y qué quieres hacer con ellas?

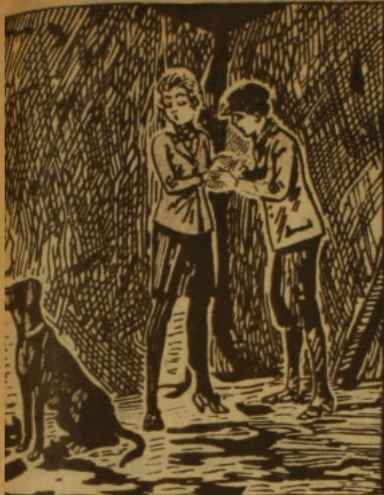
—Abrir la puerta a barretazos.

—El hombre sentiría y vendría a ver lo que ocurre, dijo Paulina.

—Tienes razón. Entonces podemos trabajar en la muralla. En los adobes no se sentirán tanto los golpes. Abriremos un forado por la parte de atrás de este cuarto.

Pusieron oído atento para recoger los ruidos exteriores; pero todo parecía estar en calma y de cuando en cuando se escuchaba a lo lejos algún sonido de voz humana. La obscuridad dentro del cuarto de las herramientas parecía hacerse cada vez más densa. Es que el tiempo transcurría velozmente aunque a los niños les parecían las horas interminables.

Damián eligió un chuzo de fierro, de aguzada punta y lo enterró en la muralla. Esta cedió fácilmente, pues estaba construída de ado-



Por el boquete entró la débil luz del día que ya terminaba...

bones reblandados por la humedad de las últimas lluvias. El niño siguió barretando, mientras su hermana estaba atenta a los ruidos de afuera. En varias ocasiones Damián suspendió ansiosamente su trabajo, advertido por su hermana que había creído oír ruido de pasos acercándose al cuarto..

Al cabo de un tiempo que a Damián le pareció una eternidad, la débil luz del día que ya terminaba entró al cuarto por el boquete abierto gracias al incesante barroteo de Damián. Fácil le fué al niño agrandar el boquete hasta permitir el paso de sus cuerpos. El sol se había puesto y sólo la luz crepuscular alumbraba las cosas.

Calladamente los niños salieron por el boquete abierto, seguidos de Betún. Alrededor de la casa crecían muchos árboles y arbustos y, a favor de su espesura, los niños y el perro se alejaron alcanzando el camino. Una vez en el camino, echa-

ron a correr en dirección de la casa quemada donde se había quedado la valiosa chaqueta que ocultaba entre sus forros una gran suma de dinero.

Cautelosamente se metieron entre las paredes derruídas y se dirigieron al cobertizo. Estaban apartando las planchas de zinc que servían de puerta, cuando se oyó una voz que sobresaltó a Damián y a Paulina.

—¿Quién diablo atropella mi casa? preguntó desde dentro una voz áspera y enronquecida.

—¿Hay gente! murmuró Paulina, asustada.

Pero Damián estaba decidido a recuperar la prenda olvidada:

—¿Quién está ahí? preguntó deteniéndose en la entrada.

—El dueño, respondió la voz.

—Usted no puede ser el dueño, protestó Damián, pensando que era muy difícil que el propietario de aquel sitio fuese a alojarse allí.

—¿Que no soy el dueño? Hace más de un mes que alojo todas las noches en este cobertizo que yo arreglé para mí.

Damián comprendió que se trataba de algún vagabundo que había elegido aquellas ruinas para dormir y, sin duda, al amanecer se iba de allí para volver en la noche.

—No venimos a molestarlo, declaró el niño. Sólo venimos a llevarnos una chaqueta que dejé olvidada aquí.

—¿Una chaqueta? Yo la encontré amiguito, respondió el hombre. Me la puse y me queda a la medida. Váyanse y no me molesten porque tengo poca paciencia.

(Continuara)

HISTORIA GRAFICA DE CHILE



1.—La insurrección de los indios había dejado en la miseria a los colonos que ni siquiera tenían algo que comer. Los indios no sembraron nada ese año con el fin de que los españoles murieran de hambre. En esta aflictiva situación, el intrépido capitán don Pedro de Valdivia decidió pedir auxilio al Perú y designó a su teniente don Alonso de Monroy para que acometiera la difícil empresa.



3.—Durante el cautiverio murió el soldado que había escapado de la muerte en la emboscada y Monroy quedó solo. Pero, imitando a su intrépido jefe, don Pedro de Valdivia, Monroy decidió fugarse en la primera oportunidad. Y su paciencia y tenacidad fueron recompensadas, pues en una ocasión propicia dió muerte con su puñal al cacique que lo retenía y se fugó siguiendo su viaje al Perú.



2.—Don Alonso partió de Santiago con cinco compañeros y después de atravesar penosamente el extenso valle de Aconcagua llegó por fin a Atacama. En el valle de Copayacu, no lejos del "Camino del Inca", el valiente emisario y sus compañeros cayeron en una emboscada. Los españoles no tuvieron tiempo de defenderse, murieron cuatro de ellos y don Alonso con el otro sobreviviente quedaron prisioneros.



4.—Don Alonso de Monroy llegó al Perú en mala hora. El país se hallaba empeñado en una terrible guerra civil. Don Diego de Almagro, el descubridor de Chile, había sido ajusticiado por don Francisco Pizarro y luego, los partidarios de Almagro, encabezados por el hijo de éste, se vengaron asesinando a don Francisco en su propio palacio. Así, pues, nadie podía preocuparse de auxiliar a Monroy.

ENTRETENIMIENTOS

Charadas

Tercera segunda, llaman a las chilenas; prima terciá, nombre masculino. Mi todo nombre masculino.

Mi prima repetida es una guagua y sola es el sonido de una consonante; mi segunda, es conjunción; mi tercera es un sinónimo de cara; y mi todo es a la vez un corredor ciclista y una viña.

Jeroglífico

- P.— Ciudad europea.
U.— Juntar dos o más cosas.
L.— Util para escribir.
G.— Llaves que usan los cacos.

SOLUCIONES A LA SECCION ENTRETENIMIENTOS N.º 2

Adivinanzas. — 1.— Domingo
Santa María. 2.— La cabeza.

Charadas.— 1. —Calicamo.
2.— Mariposa.

Logogrifo.— Pantalón.

EL LABRADOR Y EL TORO

(Fábula)

Teniendo un toro la mala costumbre de embestir a todos con sus cuernos, hasta a su propio amo, determinó éste cortárselos; pero lejos de aplacarse el toro, sacó la costumbre de escarbar la tierra furiosamente con sus pezuñas, y no sólo llenaba a todos de polvo y de arena, sino que todo lo estropeaba. Entonces su amo determinó entregarle al carnicero, para que le matase, ya que más daño le causaba con los pies que con los cuernos.

Semejantes a los toros bravíos son muchos hombres de costumbres incorregibles. Al fin pagan con la vida sus delitos.

Nota.— Esta sección queda a disposición de nuestros lectores y pueden remitir colaboraciones, las que serán publicadas oportunamente.



Adivinen lectorcitos quienes componen este simpático trío.

MODA INFANTIL

LINDOS TRAJES A LA MARINERA

Aquí presentamos a nuestras lectoras una colección de trajecitos para distintas edades. Son trajes a la marinera que nunca pasan de moda y que dan a las niñas que los llevan una gran simpatía y distinción.

N.º 1.—Vestido plisado, se abotona en la blusa kimono. El cuello y las mangas llevan guardas de color rojo o azules. Botones y corbata del mismo color. Especial para niñas de 5 a 7 años.



N.º 2.—Vestido plisado, con cinturón de cuero, blusa de mangas largas. El vestido en color azul marino. Para niñas de 8 a 10 años.

N.º 3.—Muy elegante resulta este traje en color blanco, vestido y blusa. Cinturón de cuero con hebilla de metal. Las mangas de la blusa van cerradas en los puños. Para niñas de 11 a 13 años.

N.º 4.—Vestido con grupos de pliegues y un tablón adelante y atrás. Cinturón de cuero con hebilla metálica. Para niñas de 6 a 8 años.

N.º 5.—Vestido blanco, plisado, con cinturón de género con botones, blusa kimono con galones anchos en color rojo o azul marino. Para niñas de 3 a 6 años.



CAPITULO III

La muerte del Rey Amico

Hércules queda en tierra después de haber partido el Argo con el objeto de seguir buscando a Hilas, haciéndose conjeturas sobre la suerte que ha corrido.

La nueva travesía conduce al Argo a una comarca en donde impera un rey protervo: Amico, quien marcha hacia la nave deseando inquirir cuándo zarpó, a dónde va, de dónde viene y lo que desea. Sin atender a las prudentes frases de Jásón, exclama enfurecido:

—¡Execrables piratas! Escoged uno entre vuestras filas para que luche con el más fuerte de mis atletas, y preparaos a sufrir el yugo que he de imponeros.

Adelántase rápido Pólux, uno de los argonautas, y le replica de este modo:

—Ten la lengua, ¡oh rey! ¡Acepto el reto! ¡Soy yo quién combatirá contigo!

Dice estas palabras sonriente, y apodérase para proteger sus manos en la lucha, de dos cestos. Su hermano Cástor que está a poca distancia, le ata los improvisados guantes para el pugilato, mientras los servidores del rey preparan a éste para la pelea. Fórmase círculo en torno de los púgiles, y ambos atletas alzan los puños a la altura

de sus frentes; luchan con breves treguas, empapando el sudor sus cuerpos. De repente el rey empínase y descarga, como quien va a matar a un buey, fortísimo golpe sobre Pólux, quien le esquivo y acomete a su vez al enemigo, logrando aplastarle el cráneo.

La multitud prorrumpe en atonadores gritos, pide venganza para su rey, y exterminio para los argonautas. Estos, cual movidos por resorte mágico, saltan de la nave, aprestándose a combatir junto a Pólux y trábanse innúmeros combates cuerpo a cuerpo, hasta que por fin vencidos los terrestres abandonan el campo, sus enemigos se llevan los más belludos carneros.

Prosigue el Argo su viaje por la misteriosa ruta sembrada de peligros, y arriba a las costas de Bitinia donde impera Lico. En el litoral tiene su cabaña Fineo, el más infeliz de los mortales, víctima de la venganza de los dioses, pues habiendo recibido de ellos el don de profecía, reveló el secreto olímpico y le condenaron a largo ayuno y a la pérdida de la vista.

Una mañana, el ciego escuchó el rumor de muchos hombres que se acercaban y como no había perdido el don de la profecía, adivina que son la hueste redentora que Júpiter, aplacado, prometió enviarle desde Grecia, cuando considerase suficiente el castigo.

Avanza el ciego tentando la pared con su cayado, mas flaqueándole las piernas, y se desploma. Cuando recobra el sentido, está rodeado por los argonautas que acudieron con Jasón a prestarle socorro. El infeliz prorrumpie en estas palabras:

—Sois la flor y nata de la raza helena, os conozco, os manda Jasón, venís en busca del vellocino de oro, y el nombre de vuestra hermosa nave es Argo.

Luego, con frases entrecortadas, les refiere su trágico destino, y los argonautas, ofrécenle vengarlo.

Sirven al ciego suculenta cena y sabiendo que posee el don de la profecía, le ruegan que les prediga el porvenir. Obedece el anciano, y les anuncia graves peligros previniéndoles que procedan con prudencia, si no quieren malograr el éxito de la expedición, y termina así:

—Enviad una paloma exploradora, y si atraviesa el mar con sus alas intactas, enderezad la proa hacia las rocas; empuñad los remos esperando el momento preciso en que termine la paloma de cruzar el Estrecho; cuando se aparten las rocas remad con toda fuerza, y el Argo pasará por donde pasó el ave, mas si acaso el pájaro no lograse abrirse camino, virad de bordo y volved a vuestra patria. Volved, porque os aguarda suerte igual a la de la paloma, y vuestra muerte seguiría a la suya.

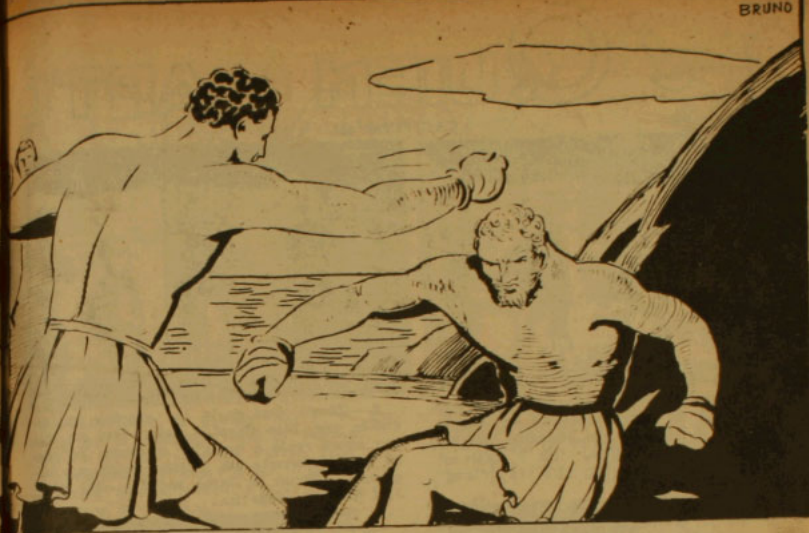
—¡Es quimera luchar contra los dioses! Aunque vuestro bajel fuese de hierro en vez de ser de madera, se haría pedazos contra las rocas. El estrecho que vais a atravesar le bordean las Simplégades... Sucederá lo que los dioses dispongan,



mas si lográis que el Argo penetre en el Ponto Euxino, navegad hacia la derecha y no hacia el centro, seguid la costa, doblad un cabo que se destacará entre blanquísimas espumas, pasad por delante de la desembocadura del caudaloso Halis, y continuad hasta encontraros en la inculta tierra de los cálibes.

Hizo el ciego una pausa, y terminó afirmando que no podía revelarles los decretos de Júpiter, pero que cruzasen la barra del río, y no lejos encontrarían una gran torre, mansión de Étas. No muy apartada de ella, estaba el bosque consagrado a Marte, y colgado de una robusta encina el vellocino de oro, al que guardaba de día y de noche un dragón vigilante.

Quedóse el caudillo perplejo, mas reponiéndose rogó al vate que terminase la profecía, anunciándole, si podría salir con el Argo del Ponto Euxino, y regresar a Grecia



Este golpe de Pólux vence a su enemigo.

sin que le cerrasen las rocas Simplégades el paso.

—Hijo —replica Fineo—, el mayor peligro estriba en franquearlas, y si lo logras, cobra aliento. Alguna otra deidad tutelar te guiará por costas y por mares.

El Paso de las Simplégades

Los argonautas levantan anclas, y Minerva oculta, les anima, pues sigue, no sin zozobra la expedición de Jasón, para lo cual vuela sobre una nube, hiende los aires, y alcanza las riberas del Ponto.

El Argo avanza hacia el tortuoso Estrecho al que protegen altísimos peñascos por ambas márgenes, la quilla de la nave rasga las procelosas ondas, y todos se estremecen al escuchar el fragor del agua que revienta sobre las rocas flotantes. Ejecútase lo que aconsejó el ciego. Eufemo lanza la paloma y el ave

desplegando sus alas, dirige el vuelo hacia las rocas, mientras Tifs, con breves frases alienta a los heroicos remeros. De improviso las rocas se apartan y el ave cruza entre ellas como un flecha. Cada roca deja una vorágine de espuma, el oleaje impulsa a la nave sobre la superficie líquida y la paloma perdiendo algunas plumas de su cola, regresa, y tras ella precipítanse los argonautas, que ven abrirse los abismos a su paso.

Por fin salen del temible Estrecho, tienen ante los ojos el magnífico espectáculo del Ponto Euxino, mas una ola gigantesca amenaza tragarse al Argo cual frágil leño, y sepultarle en las insondables profundidades.

Aterrados bajan todos la cabeza, pero Tifs, el piloto, hace virar el bajel tan rápidamente, que queda en la cresta de la ola.

(Continuará)

¿QUIEN RAPTO?

CAPITULO III



1.—La oportuna intervención de Carol Henson evitó un derramamiento de sangre. Y mientras el capataz Joe Johnson tartamudeaba unas excusas, llegó Jim y exclamó: Hermana, este es el joven que me defendió de Jake Soames.



2.—Tengo que darle las gracias por segunda vez, dijo Carol a Jeff. Jim me dijo que usted venía a trabajar al Oeste. Yo puedo proporcionarle un puesto entre mis vaqueros. ¿Cómo se llama usted? —Me llamo Jeff Warren, señorita.



3.—Este es Joe Johnson, nuestro capataz, dijo la joven volviéndose al hombre que había sido golpeado por Jeff. Y en seguida agregó: Johnson, ponga al señor Warren al corriente de lo que debe hacer; cuando llegue papá verá lo que se hace.



4.—Carol y el capataz se fueron, mientras Jeff se quedó riendo para sus adentros al pensar que le había ofrecido un puesto de vaquero, cuando le había sido enviado para administrar el rancho de la Doble V. Se dispuso a desensillar; cuando...



5.—Jim Henson lo llamó furtivamente. —¿Qué desea, jovencito? le preguntó Jeff. —¡Tenga mucho cuidado con Johnson, señor, porque ese capataz es muy vengativo y puede hacerle a usted una mala jugada. —Gracias, dijo Jeff Warren sonriendo.



6.—La advertencia de Jim Henson tenía su razón de ser, pues en esos mismos instantes, Johnson se había juntado con dos vaqueros y los tres complotaban contra Jim Warren a quien consideraban un intruso que no merecía ninguna consideración.

A HENSON?



7.—Jeff volvió a quedar solo y ya iba guardar la montura, cuando Johnson le dijo: — Al otro lado del corral tiene trabajo. Vaya y échele el lazo a uno de los terneros que necesitamos para completar la encierra de mañana.



8.—Mientras Jeff se iba al extremo del corral para cumplir lo que el capataz le había ordenado, en el extremo opuesto, los dos vaqueros levantaron las trancas y soltaron dentro del corral un enorme novillo de cuernos aguzados.



9.—Jeff Warren, después de ensillar su caballo, estaba tratando de lacerar al ternero que tenía más cercano, cuando Carol Henson atravesó el cercado para asistir a la escena de Jeff Warren.—¡Hola, Jeff Warren! gritó la joven.



10.—Y entonces, un grito de espanto se escapó de los labios de la joven Henson al ver ante ella un novillo corpulento que rabiosamente y a toda carrera se abalanzaba sobre ella. Carol quedó paralizada de terror exclamando llena de angustia: —¡Socorro. Auxilio...!



11.—Y como si su propio grito le hubiese dado ánimo, Carol echó a correr delante del furioso novillo hasta atravesar la puerta del corral. Jeff sintió los gritos de socorro y al mirar hacia atrás se dió cuenta en el acto de lo que estaba ocurriendo y se lanzó a toda carrera en persecución de la fiera para darle alcance...



12.—Y el empuje y valor del joven tuvieron su recompensa, porque alcanzó a la fiera antes de que hubiese atravesado la puerta. Pero si el peligro para Carol había pasado, para Jeff recién empezaba. Pues, con una audacia sin igual, se dejó caer sobre el novillo aferrándose de sus cuernos, mientras Carol temblaba de susto... (Continuará)

LOS PRÍNCIPES ENCANTADOS



Lejos muy lejos, en las regiones en que se refugian las golondrinas durante el invierno, vivía un rey que tenía once hijos varones y solamente una hija, llamada Elisa. Los once hermanos, que, naturalmente, eran príncipes, solían ir a la escuela llevando sobre el pecho una estrella de oro. Ceñían espada y escribían en pizarras de oro con lápices de diamantes; y sabían leer tanto en un libro como sin él, de manera que nadie podía dudar de su condición de príncipes. Su hermanita Elisa se sentaba en un taburecito de espejo y tenía un libro de láminas que valía medio reino. ¡Oh, aquellos niños eran muy felices! Mas, por desgracia, no había de ser siempre así.

Su padre, el rey del país, contrajo matrimonio con una reina malvada, que no se mostró bondadosa con los pobres niños; así pudieron notarlos ellos ya desde el primer día. Todo eran fiestas en el castillo, pero cuando los príncipes habrían querido jugar a merendar en vez de que les sirvieran pasteles y tantas manzanas asadas como pudieran desear, la malvada reina les dio solamente un poco de arena para ponerla en las tazas de té y les dijo que aquello les bastaría para sus juegos.

A la semana siguiente, envió a la pequeña Elisa al campo, a vivir con unos campesinos, y no tardó en hacer creer al rey tantas cosas des-

agradables acerca de los once príncipes, que el monarca perdió en muy pocos días todo el cariño que antes sentía por ellos.

—Idos por el mundo y vivid como os sea posible—les dijo la malvada reina,— pero antes os convertiré en aves, aunque sin voz.

Mas a pesar de su deseo, no pudo perjudicarlos tanto. Ellos, al influjo del conjuro de la mala mujer, se convirtieron en once hermosos cisnes salvajes. Y profiriendo un extraño grito, salieron volando por la ventana y atravesaron el jardín y el bosque.

Muy temprano, por la mañana, llegaron a un lugar donde su hermanita Elisa dormía en casa de los campesinos. Revolotearon sobre el tejado, agitando sus grandes alas y retorciendo sus hermosos cuellos, pero nadie los vio ni los oyó. Al fin tuvieron que alejarse y se elevaron hacia las nubes; y al anochecer se alojaron en un enorme y oscuro bosque, que se extendía hasta la orilla del mar.

La pobrecita Elisa, en casa de los campesinos, jugaba con una hoja verde de árbol, pues no tenía ningún otro juguete. Había hecho un agujero en la hoja y a través de él miraba el sol, pues eso le daba la ilusión de ver los ojos brillantes de sus hermanos. Y recordaba sus besos cada vez que los rayos del sol calentaban sus mejillas.

Trascurrían los días sin ninguna novedad. Y cuando el viento silbaba a través de los rosales, murmuraba a las rosas: “¿Quién es más bella que vosotras?” Mas las rosas meneaban las cabecitas y contestaban: “Elisa”. Y cuando la anciana de la casa se sentaba a la puerta, a leer en su libro de oraciones, el viento agitaba las hojas y preguntaba:

“¿Quién puede ser más piadosa que tú?” “Elisa”, contestaba el libro. Y no hay duda de que tanto las rosas como el libro decían la verdad.

Al cumplir los quince años, la niña había de volver a su casa, mas cuando la reina la vio tan bella, sintió el corazón lleno de cólera y de odio. De buena gana la convirtiera también en cisne salvaje, mas no se atrevió, porque el rey quería ver a su hija. La reina se bañaba todas las mañanas en un baño de mármol, adornado con almohadones y hermosas alfombras. La soberana tomó tres sapos, los besó y dijo al primero:

—Cuando venga Elisa al baño, siéntate sobre ella, para que sea tan torpe de movimiento como tú. Siéntate en su frente —dijo al segundo,— para que adquiera tu fealdad y así su padre no querrá verla siquiera por segunda vez. Tú ponte sobre su corazón —dijo al tercero— y haz de manera que la agobie y llene de pesadumbre un malvado espíritu.

Dicho eso, puso los tres sapos en el agua que, en el acto adquirió un color verdoso. Llamó a Elisa, la desnudó, la metió en el agua y entonces los sapos cumplieron las órdenes de la reina. Mas cuando la niña

se puso en pie, aparecieron tres amapolas sobre el agua. De no haber sido los sapos venenosos y si no los hubiese besado la reina, se habrían convertido en rosas, pero aun así y por el solo contacto con la joven hubieron de convertirse en flores. Era la niña demasiado buena e inocente para que sobre ella tuviese poder ninguna brujería. Al ver eso, la malvada reina untó a la niña con jugo de nueces y luego le friccionó el rostro con un líquido mal oliente. Le alborotó el hermoso cabello y así nadie habría podido reconocer a la hermosa Elisa. Cuando la vio su padre se horrorizó y dijo que aquella no podía ser su hija. Y nadie quiso dirigirle una palabra amable. Solamente el perro del patio y las golondrinas se esforzaban en manifestarle su cariño, pero como eran pobres animales y,



Los once jóvenes príncipes transformados en once cisnes silvestres se remontaron por el espacio azul.

además, mudos, nadie habría hecho caso de su opinión.

La pobrecita Elisa lloró mucho y con pena recordó a sus once hermanos, creyendo que los había perdido para siempre. Triste y apenada salió del palacio y anduvo errabunda todo el día por prados y margales, hasta llegar a un enorme bosque. No tenía idea del lugar a donde debería ir, ni de la dirección que le convenía seguir. Estaba muy triste y recordaba a sus hermanos que, sin duda habían sido expulsados de palacio, como ella misma. Decidió buscarlos, pero al poco rato de hallarse en el bosque, anocheció. Y como se había extraviado, sentóse sobre la hierba, rezó y luego apoyó la cabeza en una ligera elevación del suelo. El tiempo era muy bueno, la brisa suave y en torno de la niña resplandecían centenares de gusanos de luz, parecidos a chispas de verde fuego. Y cuando la dormida niña agitaba una rama, los brillantes insectos caían sobre ella como lluvia de estrellas.

Durante toda la noche ella soñó con sus hermanos. De nuevo eran niños y jugaban alegremente con Elisa. Escribían en las pizarras de oro con sus lápices de diamante y ella contemplaba el libro de lámina cuyo precio equivalía a la mitad de un reino. Pero sus hermanos ya no trazaban en la pizarras palotes y ceros, como antes, sino que escribían en ellas sus más atrevidas hazañas y todo cuanto les había sucedido y habían visto. En el libro de láminas todo vivía; cantaban los pájaros, andaban las personas y algunas de ellas hablaban a Elisa de ella misma y de sus hermanos. Y cuando la niña volvía una

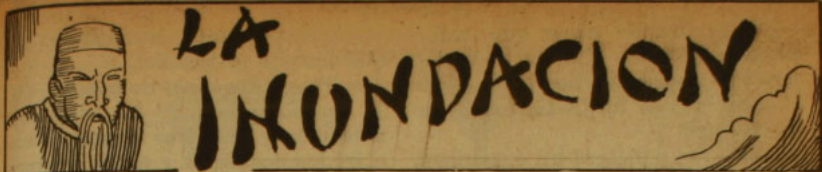


Elisa se quedó dormida y en el sueño vio a una hermosa dama que se acercaba a ella...

página, las imágenes volvían a entrar en sus láminas, a fin de que no se originase ninguna confusión en ellas.

Al despertar observó que el sol estaba ya alto en el cielo y aunque no podía ver el astro, por impedirsele el follaje, algunos de sus rayos le atravesaban como lanzas de oro. Llenaba el aire el olor delicioso de la hierba y los pájaros se mostraban tan mansos, que algunos fueron a posarse sobre los hombros de la niña. Esta oyó el ruido del agua de muchas fuentes, que iban a llenar un lindo estanque de arenoso fondo y rodeado de espesas matas. Mas había un punto en que los ciervos, para ir a beber, las habían pisoteado y así Elisa pudo, por allí, acercarse al agua. Estaba tan inmóvil y era tan transparente que si la bri-

(Continúa en la última tapa)



—Ahora ya está muerto —dijo la joven.— ¿Por qué te arriesgaste tanto por mí?

Chou se lo contó todo, y entonces añadió la doncella:

—Como nadie sabe lo que puede suceder, te daré una prenda. —Y quitándose de los cabellos un broche de oro, lo partió en dos trozos y dió uno a su salvador.— Esta es —le dijo— Si al cabo de tres años no te presentas con ella, todo quedará anulado.

Chou se guardó la prenda entre sus ropas y, conduciendo a la doncella al cesto, dió la señal convenida. Wu se dió cuenta de que la doncella iba a subir y tiró rápidamente del cesto. Cuando ésta apareció en la superficie, todos quedaron admirados de la belleza de la joven, y sus sirvientes se apresuraron a rodearla y conducirla al palanquín.

—¡Cegad en seguida el agujero, que viene el espíritu!— gritó entonces Wu.

La gente que se había arremolinado para contemplar a la joven, no recordó que quedaba todavía alguien en el fondo del pozo, y corrió a ayudar a Wu a cegararlo.

Luego, entre cánticos y algazara, regresaron todos a casa de Wang. Pero en cuanto éste vió a Wu, exclamó:

—¡Tú no eres Chou Cheng! El tenía más de veinte años, y tú aparentas más de treinta. ¿Cómo te atreves a pretender pasar por Chou?

Y entonces Wu contestó:

—Chou me pidió que viniera en

su lugar, pero ahora iré a buscarle.

Dicho esto se alejó, preguntándose qué podría hacer o si debería renunciar a sus ambiciones, dedicándose de nuevo a recoger leña.

Entretanto, Chou esperaba a que descendiese el cesto, cuando, de pronto, le cayó encima un chaparrón de arena y piedras que por poco le mata. El chaparrón cesó, pero al mirar Chou hacia arriba, vió que no quedaba rastro de la cadena y que el agujero estaba tapado. Suspirando, pensó que su fin estaba próximo, porque, por más que buscó, no encontró otra salida por aquellos lugares.

—No importa que el agujero esté o no tapado— decía—, porque, de todos modos, no podría salir sin ayuda de un cesto y una cadena. Sólo me queda esperar la muerte.

Vagó sin rumbo fijo de un lado a otro hasta que, de pronto vió un pequeño dragón blanco sentado sobre un pedestal, moviendo el rabo. Observando que estaba sujeto con un clavo, se lo arrancó y dejó al animal en libertad, diciendo:

—Somos compañeros de desgracia.

—Quiero recompensar tu bondad para conmigo. Mañana es el día en que debo volar a la tierra, dijo el dragón.

—¿Y por qué mañana? —preguntó Chou.

—Porque es el segundo día del segundo mes —contestó el dragón. A las doce en punto tengo que salir de esta caverna para hacer mi aparición en el mundo.

¿Cómo puedes saber que mañana es el segundo día del segundo mes? —preguntó Chou. ¿Y cómo notarás que es mediodía? Aquí no se ve el sol.

—Me lo anunciará mi organismo —contestó el dragón,— y se alejó sin añadir palabra.

Chou, naturalmente, se llenó de alegría, y se echó a dormir. Cuando se despertó, el dragón estaba tendido a su lado.

—¿Es ya la hora? —le preguntó Chou.

—Sí—contestó el dragón, poniéndose en pie.— Súbete en mi lomo y cierra los ojos, y no los abras hasta que yo te avise. ¡Agárrate bien a mis cuernos!

Chou lo hizo así, e inmediatamente oyó un estruendo espantoso y el viento silbó en sus oídos.

—Abre ya los ojos —dijo el dragón, un momento después; y Chou se sintió arrojado blandamente sobre un montón de hierba, en las afueras de la ciudad donde habitaba Su Excelencia.

Cuando Chou entró en la población y se enteró de que la hija de Wang no estaba todavía prometida, se dirigió inmediatamente a palacio e hizo anunciar su llegada. Pero había estado tanto tiempo en la cueva privado del sol, que la piel se le había puesto amarillenta y la ropa le colgaba en harapos. Tomándole por un impostor, Wang le acogió fríamente, pero no se atrevió a despedirle. En su lugar, se le ocurrió someterle a una prueba muy difícil.

—Aunque afirmas que eres Chou Cheng, no te reconozco —le dijo.— Quizá mi hija te recuerde, pero primero quiero encomendarte un trabajo. Si lo ejecutas verás a mi hija.

Chou preguntó titubeando, de qué trabajo se trataba.

—Tengo dos sacos de habas —dijo Su Excelencia; —las unas son amarillas y las otras negras. Mezclaré las dos clases y tú las separarás en la mitad de un día.

Acto seguido llamó a un criado y le ordenó que encerrase a Chou con las habas en una habitación vacía. Chou no se atrevió a rehusar, pero estaba muy abatido y pensaba:

“Este es un pretexto para negarme la novia. ¿Pero por qué encomendarme tan dura tarea, si no tiene intención de que se realice la boda?”

Chou, después de contemplar largo rato el montón de habas, se echó a dormir, ya que le parecía tarea imposible el separarlas. Entonces entró por la ventana una bandada de gorriones y los unos picoteando las habas amarillas, y los otros las negras, pronto quedaron separadas en dos montones. Al oscurecer volvió el criado, y cuando vió el trabajo ya hecho y a Chou durmiendo tranquilamente en el suelo, le preguntó:

—Chou, ¿cómo te las arreglaste para terminar el trabajo tan rápidamente?

“No hay duda de que algún dios me está ayudando”, pensó Chou, y pidió que le llevasen a presencia de Wang.

—He ejecutado todos los trabajos que me encomendásteis —le dijo— Ahora debéis cumplir vuestra promesa sin someterme a nuevas pruebas.

—Es muy posible que seas el verdadero Chou Cheng, pero no puedo tomar todavía una decisión. Será preciso que primero te vea mi hija.

Un doncella condujo a Chou a la puerta del departamento de las



Chou fué arrojado blandamente sobre la arena.

mujeres y le dijo que esperase allí. A través de unas cortinas de perlas se filtraban maravillosos perfumes que le sumieron en el ensueño. Y desde allá dentro preguntó una voz:

—¿Trajiste la prenda?

Chou se sacó del pecho la mitad del broche de oro y se lo entregó a la doncella. La hija de Su Excelencia lo comparó con su otra mitad y después ordenó a la doncella que condujese a Chou al departamento de los huéspedes y que informase a su padre.

Su Excelencia hizo preparar a Chou un baño y, cuando salió de él, le regaló un bellissimo kimono. Después pidió un calendario, y al ver que el día siguiente era favorable para las bodas, decidió que la de su hija se celebrase inmediatamente. Al día siguiente se presentaron todos los parientes y amigos, clama-

ron las trompetas, redoblaron los tambores y todo el mundo se sintió feliz. Cuando los novios quedaron solos, la joven preguntó a Chou: —Amado mío, ¿por qué tardaste tanto?

Entonces Chou Cheng le contó todo lo que había sucedido desde su separación, y estando en esto, se oyó un gran griterío en el patio.

—¿Qué sucede? —preguntó la joven esposa a una doncella.

—Es un ladrón que se ha caído de la chimenea y se ha matado —contestó la sirvienta.

Chou se asomó a una ventana. Las antorchas iluminaban el patio como si fuera de día, y pudo ver que el hombre muerto era Wu Yi, su hermano adoptivo.

Y Chou ya no tuvo que recoger leña y vivió feliz durante el resto de sus días.



CAPITULO I

El documento misterioso

Don Alfredo Fontán estaba sentado ante un enorme escritorio con incrustaciones de cobre. Un joven de pelo castaño, de mirada viva, estaba de pie. Ambos tenían impresas todavía sobre el rostro las huellas de una acalorada conversación.

El señor Fontán, un hombre cincuentón, de cabellos negros, de mentón voluntarioso, fumaba no sin cierta agitación un grueso cigarro puro. De pronto, entró en el gabinete una niña rubia, de ojos de záfiro y don Alfredo Fontán dejó de fumar para decir con tono grave:

—Hija mía: el señor Merande, aquí presente, ha venido a pedirme tu mano. En principio no tengo motivos para negársela; es un joven simpático y su padre, Edmundo Merande fué muy amigo mío. Pero estimo que todavía es demasiado joven para cumplir un acto de tanta trascendencia como es el matrimonio; creo que el señor Merande no tiene una experiencia real de la vida. Esto significa que no dudo de la excelencia de su carácter, pero sí, dudo de su energía para encarar los complicados problemas de la vida matrimonial.

—¿De manera que te niegas admitirlo...? empezó a decir la hermosa joven.

—No me niego por completo; lo que quiero decir con todo esto, es que necesito que el Sr. Merande dé una prueba de su capacidad. Tiene veinticuatro años y un título de ingeniero. Con eso se puede hacer mucho en poco tiempo. Al cabo de año y medio puede triplicar los cincuenta mil francos que le dejó su padre.

—¿En año y medio! exclamó la joven rubia.

—Sí, Clara, en año y medio y en dos años podía cuadruplicar esa suma. Por supuesto, que el juego no debe entrar para nada en esta prueba. Una fortuna adquirida por medio del juego no demostraría nada. Lo que yo exijo en este caso es el esfuerzo personal.

—¿Consideraría usted un juego de azar el descubrimiento de un filón de oro o de otra mina de metal industrial? preguntó el joven Merande con voz grave.

—¿Por supuesto que no! Para encontrar el filón de una mina hay que emplear muchos esfuerzos y conocimientos sobre la materia. Yo solo me refiero al juego.

Don Alfredo Fontán tomó el cigarro del cenicero y concluyó:

—Bien entendido, mi casa estará cerrada para usted, señor Merande y no volverá usted a ver a Clara hasta que venga a presentarme la prueba de capacidad que le

exijo. Y ahora, díganse adiós... en el vestíbulo.

Don Alfredo despidió al joven con un gesto amistoso, tomó un fajo de papeles y se enfrascó en su lectura.

Afuera, en el vestíbulo, Clara Fontán y Santiago Merande permanecieron un minuto silenciosos. Sus corazones palpitaban agitadamente. De pronto, brotaron lágrimas de los bellos ojos de Clara y de sus labios se escapó una palabra:

—¡Santiago!

—¡Valor, Clara, no se trata sino de una prueba! respondió el joven haciendo esfuerzos para contener la emoción que lo embargaba.

—¡Pero es una prueba demasiado dura! suspiró la niña. ¡Ah si mi padre te conociera como te conozco yo, no te habría sometido a esta prueba...!

—La decisión de tu padre me apena, Clara; pero no me parece in-

justa. ¿Qué prueba no haría yo para obtener tu mano? Además, tu padre tiene razón: nunca podemos conocernos a fondo mientras la vida no nos ponga a prueba. Resignémonos Clara y confía en que sabré hacerme digno de ti.

Dicho esto, ambos jóvenes se estrecharon las manos en un gesto de tierna despedida.

Cuando Santiago Merande llegó a su casa, el ama de llave le entregó un sobre bastante voluminoso. Santiago se sorprendió mucho al ver que estaba dirigido a su padre Edmundo Merande y que, según el sello, venía del Africa francesa.

—¡Qué raro! Esta no es la letra de mi tío Felipe, murmuró el joven dando vueltas entre sus dedos la carta africana.

Su tío Felipe hacía diez años que había partido para el Africa y su última carta databa de tres años atrás. Desde entonces, Santiago no



¡En año y medio! exclamó Clara.

había vuelto a tener noticias de su tío paterno.

Santiago abrió el sobre y sacó su contenido. Encontró tres hojas de papel. La primera hoja estaba escrita por una mano extraña; en las otras, Santiago reconoció la escritura de su tío Felipe. El joven leyó la primera que decía así:

“Bamakú, 1.º de Febrero de 1898.

“Señor,

“La carta y documento adjuntos me han sido entregados por un portador sudanés que acompañaba a Felipe Merande en su viaje de exploración al sur. Le envío ambos papeles tal cual los recibí, sin explicaciones adicionales, según los deseos del propio Felipe de quien he sido siempre un buen amigo. Si se trata de hacer algunas exploraciones en esta parte del Africa, me pongo a su entera disposición.

Reciba las expresiones de mis sinceros afectos y simpatías.

Mauricio Derval”

La segunda hoja estaba escrita con lápiz y con letra nerviosa. Santiago leyó:

“Mi querido Edmundo.

“Voy a morir. Unos bandidos ingleses árabes y negros nos tienen rodeados. El combate dura cuarenta y ocho horas y siento que toca a su fin. Casi todos mis compañeros han muerto o están gravemente heridos. Algunos han logrado huír. Sólo quedan válidos dos hombres, los más valientes y los más fieles. La noche se acerca y estos dos fieles servidores y amigos podrán huír a favor de las tinieblas. Yo tengo

diez balas en el cuerpo y mi carrera ha terminado. Te envío, querido hermano, los guarismos que me pedías para tus estudios sobre el Africa. Son muy exactos y podrán ser de mucha utilidad. Si la fortuna te acompaña, no te olvides de recompensar a Kunú y a Niembé, mis dos fieles y valientes servidores. Mis últimos pensamientos son para tí y para tu hijo a quien hubiese deseado estrechar entre mis brazos antes de morir. ¡Adiós!...

Felipe”.

Gruesas lágrimas se escaparon de los ojos de Santiago al terminar la lectura de la carta de su tío Felipe. Luego, maquinalmente, miró la tercera hoja. Estaba escrita con tinta azul y pulso seguro; evidentemente había sido escrita con algunos días de anticipación respecto de la carta suprema de Felipe, se veía sucia, arrugada, pero en buen estado. El papel era resistente y flexible a la vez. Santiago miró con curiosidad aquella escritura azul: eran grupos de letras y números separados por signos matemáticos.

—Parecen ecuaciones algebraicas, murmuró.

Y se puso a examinar el documento con mayor atención. Los grupos de letras, números y signos estaban en esta forma:

P2RP. PR. PRP. PR. + P. 3PR. 2P. R.
PR. PRP. = 2RPR. 2PR. P.

2R. 2P. 3P. — P. RP. P. 2R. 2P. 2RP.
3R. 3P. = 3P. P.

PR. P2RP. 3R. R2P. P. PRP. P. RP.
+ R2P. P. = 2R. 2P.

R. P. 3P. 3R. PRP. 3R. — 4P. P. = 3R.
RPRP. 2PR. PR2P. R. PR. R2P. 3R.



Santiago se encontró con su amigo Montrose frente al Club de Tiro.

Santiago era ingeniero y mentalmente asoció estas líneas con las ecuaciones del álgebra. Pero al cabo de un corto examen se dió cuenta de que nada tenía que ver el álgebra con estas letras y números agrupados y separados por signos aritméticos.

—Sospecho que debe ser la clave de alguna escritura secreta, murmuró. Debe tratarse de una clave convenida de antemano con mi padre.

Se puso a reflexionar. No recordaba haber encontrado nada que se pareciese a una clave cuando registró minuciosamente los cajones de los armarios de su padre cuando éste murió hacía cerca de tres años atrás.

—¡A lo mejor esta es cuestión de alta matemática! Si así fuese, creo que mi tío Juan podría resolver este problema. Es un verdadero hombre de ciencia.

Y sin querer pensar más sobre el asunto resolvió llevar en el acto el misterioso documento a su tío ma-

terno, Juan Salvere. Se puso el sombrero y salió a la calle. Con rápido paso se dirigió a la calle donde vivía el tío Juan y al pasar por delante del Club de Tiro "El Aguila", se acordó de su amigo y antiguo condiscípulo, Gabriel Montrose que frecuentaba diariamente dicho club.

Tuvo la suerte de encontrar a su amigo practicando el tiro en medio de otros jóvenes. Poco después, ambos amigos se enfrascaban en animada conversación. Santiago contó a Gabriel las noticias inesperadas que acaba de recibir de su tío Felipe y le mostró el extraño documento que él había tomado en un principio por ecuaciones algebraicas.

—En verdad, Santiago, bien sabes que nunca fuí muy fuerte en álgebra y los logaritmos no hacían más que darme dolores de cabeza. Pero no recuerdo haber visto jamás unas ecuaciones como las que aparecen en este documento.

(Continuará)

Adventuras de Pepito y



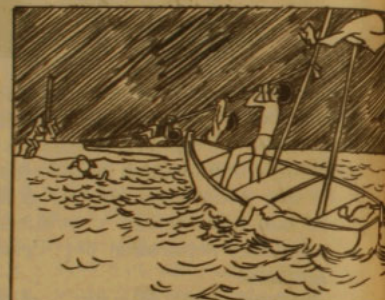
1.—Chochi al timón, y los niños gritando, a la luz se aproximan, agitando las mangas que han quitado a sus camisas, pues los pañuelos hicieron trizas.



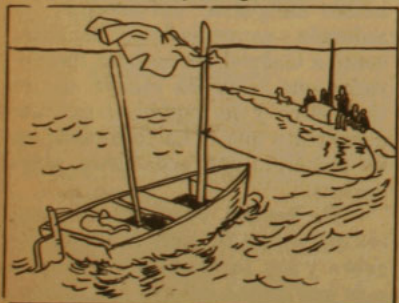
2.—Y pronto vieron sobre la cubierta del submarino, dos hombres alertas, que les hablan lengua desconocida, mientras que sienten peligrar su vida:



3.—Chochi, nadando, sumergido el rabo, logra traerles de la cuerda un cabo, que Pepito sujeta haciendo un puente, que es un medio feliz, inteligente...



4.—...de salvarse, o al menos intentarlo, aunque procuran, ¡claro está!, lograrlo, encaminándose hacia el submarino, en el que ven un auxiliar divino.



5.—Los niños ante aquellas emociones, se quedan como aquí que ve visiones, y en la barca muy cerca del timón, aun quedan los residuos del jamón.



6.—Ya en marcha el submarino, Chochi observa que el jamón en su sitio se conserva, y lánzase a su captura, mientras dicen los niños: ¡qué locura!

de su perrito "Chochi"



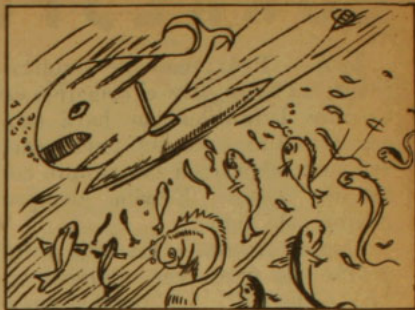
7.—Y cuando el submarino empieza a hundirse, que ya es de día y debe sumergirse, Chochi piensa en llegar hasta las nubes, al ver que la popa sube y sube.



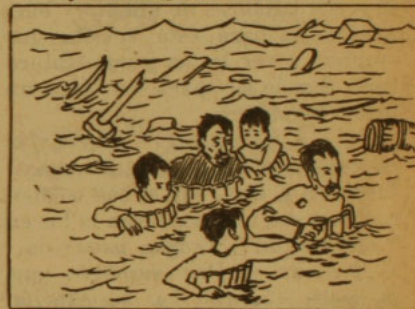
9.—Llega, corriendo al rato, un viejo y mal fachado ballenato, y dando un coletazo, el muy ladino, entre las dos, ¡adiós el submarino!



11.—Llegan por fin a tierra. ¡Dios Bendito! ¡qué será de Chochi? — dice Pepito. Y él primero y más tarde los amigos, empiezan a escuchar ladridos.



8.—Una ballena llega sonriente, y al submarino muéstrale sus dientes, mientras se acercan ya oiendo el festión, muchos peces, y el último, el delfín.



10.—Menos mal que, personas precavidas, usan de los chalecos salvavidas, y los hombres ayudan a los niños, prodigándoles consue-los y cariños.



12.—Algún rato después, cuando rezaban, pues ignoraban en qué país se hallaban, Chochi se les presenta de repente. Y esperemos el número siguiente...

CORRESPONDENCIA

Lela.— Próximamente publicaremos las bases para el concurso de Cuentos Infantiles que hará esta revista. Simpático su cuentecito. Irá en colaboración tan pronto como sea posible. Escriba siempre por un solo lado.

Tommy Levita.— Envíe la fotografía que desea ver aparecer en "El Colegial". La publicaremos oportunamente.

Elba Suárez.— Qué simpática cartita nos dirige Ud. Agradecemos sus palabras de aliento y buenos deseos para esta revista que empieza a ver la luz y que tratará cada día de ser para los niños un buen compañero.

Febo y Rocambole.— Sus cartas en nuestro poder y con gusto manifestamos a Uds. que si sus colaboraciones son buenas, verán la luz en "El Colegial". Tengan paciencia.

Menrore.— Por supuesto que podemos hacerle la suscripción desde el primer número. Envíe su

valor por giro o en estampillas de correo al Director de "El Colegial", Casilla 6562, Santiago.

Lirio Azul.— Sus dibujitos son regulares; pero creemos que con un poco de ejercicio pueden mejorar mucho y llegará el día en que vea publicados su trabajitos. Persevere y será recompensado.

Oscar Leo.— Esta revista se expende en todas las provincias de la república. Tenemos agentes en ellas.. Si Ud. no encuentra el número que desea, escribanos y se lo remitiremos desde aquí.

Cavere.— La novelita que nos envía será revisada por la Dirección de esta revista y si el tema es apropiado la publicaremos con todo agrado. Hay que recordar que ésta es una revista para niños.

Pierrot.— Las fotografías deben ser muy claras. Envíe la que desea ver publicada.

SECRETARIO



MIGUEL HIDALGO S.



ALICIA Y MANUEL
PARADA



SERGIO ESPINOZA N.

LAUREACEAS

(Persea lingue.—Nees)



Su madera rojiza es muy apreciada en la confección de muebles. Su altura alcanza a 20 mts'.

No se le encuentra en grandes grupos, a lo sumo en número de 40 en la región comprendida entre Aconcagua y el canal de Chacao. Sus hojas al secarse toman un color escarlata lustroso; son aovadas con base prolongada. Sus frutos son bayas azul negruzcas de gusto amargo y muy apetecidas por las torcazas, las que generalmente propagan sus semillas. Su carne durante este período es inservible porque toma el gusto amargo de los frutos del lingue. Su corteza es rica en tanino y muy empleada en la curtiduría. Sirve por la materia colorante que contiene para teñir lanas, etc., dá un color café muy persistente.

Cuando un animal ha comido brotes nuevos de lingue y después se le ha hecho correr, se hincha y muere después de algún tiempo. Los campesinos dicen entonces que han muerto "alingados".

MARIPOSA NOCTURNA

PROTOPARCO SEXTRIS

Orden Lapidópteros.—Mariposa del Monroy

El vulgo cree erróneamente que esta larva de Mariposa nocturna es venenosa, lo cual es un grave error, pues es un animal completamente inofensivo. Se desarrolla en las plantas de las familias salicáceas de cuyas hojas se alimenta, se conoce con el nombre vulgar de monroy del palqui. El vulgo le tiene horror por su aspecto horripilante que no es otra cosa que su medio de defensa con que lo dotó la naturaleza. Tiene un gran enemigo, que es una avispa pequeñita llamada apantelles Riverai. Cuando él está tranquilo desarrollándose viene la avispa hembra y le deposita no menos de 300 huevos debajo de la piel de donde nacen



otras tantas larvas las que se alimentan a expensas de las partes blandas de su cuerpo sin atacar sus partes vitales, hasta que consiguen su total desarrollo, destruyendo una vida para desarrollarse 300 o más.



Los Príncipes Encantados

sa no hubiese agitado algunas ramas, ella hubiera creído que estaban pintadas en la brillante superficie, tan fielmente se reproducían las hojas iluminadas o no por el sol.

Al contemplar su propio rostro la niña se asustó, pues ya sabemos que lo tenía sucio y casi negro. Pero se lavó y así volvió a brillar su blanco cutis. Entonces se desnudó y se dió un baño.

Luego se vistió, trenzó su largo y hermoso cabello, y acercándose a una fuente, bebió un poco de agua en el hueco de la mano. Reanudó su camino por el bosque, aunque sin saber a dónde se dirigía. Solamente pensaba en sus hermanos y confiaba en la misericordia de Dios, que no la olvidaría. Al poco rato encontró un árbol frutal, que le ofreció el medio de satisfacer el hambre y la niña reanudó luego su ca-

mino hacia lo más espeso del bosque.

Reinaba allí tal silencio, que sus propios pasos resonaban ruidosamente y oía muy bien el crujido de las hojas secas que al andar aplastaba. No veía un solo pájaro, ningún rayo de sol atravesaba las frondosas ramas de los árboles y estaban tan juntos los altos troncos, que casi le parecían formar parte de una valla. Hallábase en una soledad que hasta entonces no conociera.

Al llegar la noche, la niña, muy triste se tendió a dormir. No brillaba un solo gusano de luz. Pero luego le pareció que se entreabrían las ramas que había sobre su cabeza y que el Salvador la miraba con sus amorosos ojos, en tanto que los angelitos se asomaban a mirarla también.

(Continúa en el próximo número)